

—« ¡ Ah! maldita Azcapozalco,
 Guarida de sus verdugos,
 Mañana al rayar el día
 Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
 Tepanecas, tus conjuros;
 Ni tus chimalis de bronce,
 Ni tus escaupiles rudos.

Haré que tus torres altas
 Desaparezcan del mundo,
 Y convertiré en ceniza
 Tus palacios y tus muros.....

Dijo, cayendo de hinojos,
 Al pié de los restos mudos
 De su esposa, y llanto amargo,
 Hizo en sus mejillas surcos.



VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
 Se arrebola con las luces
 Que el astro rey desde Oriente
 Sobre los montes difunde,
 En entrambos campamentos
 Los capitanes reúnen
 A sus huestes, y do quiera
 Animándolas, discurren.

Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.

Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.

Allí estaba Izcoatl llevando
Un tencalihuahqui¹ que encubre
Sus nobles formas, y gasta,
Porque es de reyes costumbre,

Matzopeztlis² en los brazos,
Y Cozehuatles,³ que suben
Hasta media pantorrilla,

De cuero color de herrumbre,

Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;

Un tentetl⁴ lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre

¹ Trage de guerra que usaban los príncipes.

² A manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.

³ Especie de botas.

⁴ Una esmeralda.

Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del iris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.

Lleva en la frente, por último,
El copilli,¹ del cual surge
Un cuachicli,² en que campean
Plumas bermejas y azules.

Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macahuitl en el cuello
De Mazatl, que fiero rugen

Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.

Allí está Nezahualcoyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;

Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrasa y destruye,

¹ Corona.

² Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Así va con sus guerreros,
 A quienes valor infunde
 Con su ejemplo, porque nada
 Hay que su espíritu asuste,
 Nada que ataje su brío,
 Nada que lo sobrepuje;
 Y el exterminio y la muerte
 En torno suyo difunde.

En esto, Maxtla el tirano
 Que perdido se presume,
 En busca de un temazcalli,
 Que en su lobreguez le oculte,

Corre ciego sus jardines,
 Y hallándole, se introduce
 En él y de horrible miedo
 Chocan sus dientes y crugen.

Desde allí miró las llamas
 Que su palacio consumen,
 Y entre los gritos del pueblo
 Escuchó el estruendo lúgubre,

Que al caer al suelo hacian
 Tapias, arcos y techumbres,
 El piso hundiendo al impulso
 De su inmensa pesadumbre.

¹ Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es mas baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los Aztecas.

Oyó del cercano templo
 El espantoso derrumbe,
 Y el grito del populacho
 Que sus jardines obstruye;
 Que destroza las florestas
 Do gozó, en horas mas dulces,
 Del tibio halago del aura,
 De las flores el perfume.

Vió que muy cerca del sitio
 Que su liviandad encubre,
 Le buscaban, y al espanto
 Su alma cobarde sucumben

¡Cómo tiemblan los tiranos
 Cuando á sus ojos, con lúgubre
 Aparato, al fin la muerte
 Su pálida faz descubre!

Maxtla escondido en el fondo
 Del temazcalli, prorumpen
 En copioso, amargo llanto
 Que sus pupilas desluce.

No tardan en encontrarle,
 Que por mucho que se oculte
 La maldad, siempre hay un labio
 Que su guarida denuncie.

Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.

Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;

Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,

Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.



TEZCOTZINCO.

A MI ESPOSA LA SRA. D^a ELEONOR DEL VALLE DE PEON

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,